

Novela de Francisco Prieto

Crímenes en el crepúsculo

Luis Fernando Brehm

En la cuarta de forros leemos:

“Cecilia ha sido secuestrada. Un tipo se ha comunicado contigo. Te dicen que puedes contratar a un negociador. Tú tomas el teléfono y me hablas”. Violenta y memorable, con personajes que transgreden cualquier moralidad, en *Crímenes en el crepúsculo* se presenta una sociedad convulsionada por la violencia e indiferente a ella. Transcrita de los cuadernos del negociador, la chica secuestrada y un oficial de policía, en esta novela no sólo hay un registro sobre el secuestro, cáncer de nuestros días, sino también la cohabita el amor, un amor que aparece inesperadamente e impregna a los personajes de una luz difusa.

La obra se estructura con tres diarios que cuentan, secuencialmente, con independencia y conexión entre cada uno de ellos, una historia que parte del secuestro de una muchacha universitaria y la teje con la de Aldo, la de Cecilia y la de un reportero de nota roja, ex jesuita.

Aldo nos cuenta su vida a nosotros, los lectores, nos toma como receptores de un discurso: “vaya Usted a saber” (p. 12), que indica más que una expresión común o mulletilla. Además de enterarnos de su pasado judío-cubano sabemos que tiene experiencia como agente de la CIA, y que es negociador de secuestros, amigo o conocido de los padres de la muchacha universitaria secuestrada.

Por Aldo Santangelo, sabemos que fue amante, él mismo, de Elsa, la madre de Cecilia; que ella y Enrique, su marido, viven atados al placer, el poder y los billetes, obtenidos con la mano izquierda, no conforme a derecho. Seres infieles, de corazón de piedra negra que aman a su hija hasta



Francisco Prieto

el límite de no querer pagar mucho por el rescate.

Al percibir la ruindad de Elsa y Enrique, Aldo reflexiona:

¿Quién asegura que hay una naturaleza humana, un necesario vínculo con los seres a los que nos atarían vínculos de sangre y de convivencia? Mi experiencia me ha enseñado que eso, como todo, depende de la circunstancia histórica y social que se viva (p. 16).

Las peripecias de Aldo saltan de línea en línea, de mujer en mujer, de país en país. Cansado de la vida, decide aliarse a los secuestradores para poner en práctica su espíritu de recogimiento, apoderarse de cincuenta millones y huir a Varadero, en Cuba.

Aldo, como negociador, se entrevista con Cédric, el jefe de la banda de secuestradores, a quien había conocido como mercenario en las FARC colombianas, y diseña el plan de pago y rescate de Cecilia.

En estos cuadernos, memorias del negociador, aparece pura gente buena; para seguir el principio vital: “El que no transa no avanza”, olvidados de que “el estar en ayunas no impide ver el menú, pero sí comérselo”.

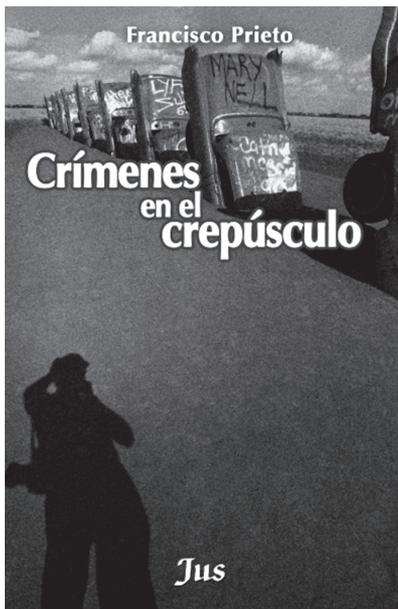
Al leer el diario de Cecilia, la belleza secuestrada, fuente de bienes para los secuestradores, las confidencias de la novela dejan en sillón aparte al receptor, para que escuche las intimidades que se cuentan Cecilia y Cédric, el francés secuestrador.

La niña universitaria, arquetipo de niña tonta, apetitosa, secuestrable por cuerpo y dinero, se ha cuajado en los caros moldes del vacío. Cecilia experimenta en el cuarto de confinamiento, miedo, suciedad, desprecio y hasta ganas de gozar al francés y de escribir un diario, señal de una esperanza de vida, gracias a los discursos, las ternuras y el enamoramiento que vive con Cédric y sus bondades de matón enamorado. En el diario de la niña los extremos, muy extremos, sí se atraen. Parece que aquí “la riqueza de los pobres, que son los sueños” sí se tocan; son reales. Cecilia y Cédric se vuelven amantes de ocasión que planean futuros, convencidos de que “no hay mal que por bien no venga”.

Cédric, un profesional con doctorado, sabía de los días, de los erotismos y del aborto de Cecilia, antes de secuestrarla. Había contado también los edificios de billetes de Elsa y Enrique, ganados con habilidades hasta de las más débiles.

El cuaderno de Aldo se anuda con el diario de Cecilia en la estancia campirana de los crímenes en el crepúsculo, para volverse a anudar en los cuadernos del porvenir, los del reportero.

Eso de que “mala hierba nunca muere”, no va con este crepúsculo de los asesinos;



todo dispuesto para el pago de ciento cincuenta millones, a los que Elsa y Enrique habían accedido, después de calcular el tamaño de los miedos y las amenazas para ellos a futuro; todo convenido para entregar a la secuestrada, con la intermediación del negociador; toda planeación tiene excesos y fallas. Cuando los padres de Cecilia van a entregar el dinero, traen ocultos a sus guaruras. Los personajes del crepúsculo actúan y todo truena: Aldo mata a los guaruras, pero uno de ellos, antes de morir, lo mata a él; Cecilia balaceo a sus padres, acción calmante para sus enojos y Cédric mata a sus tres socios del secuestro.

El cuaderno del reportero de policía se inicia con la visita al lugar de los crímenes y termina con la salida de la novela.

El ex jesuita —ahora reportero— tiene una visión parcial de lo ocurrido en el crepúsculo; recibe una llamada de Cecilia, a quien reconoce y recuerda la amistad que tuvo con Enrique, su padre: al descubrir la verdad por labios de la muchacha, decide ayudar a la pareja Cédric-Cecilia.

El reportero cuenta a la chica Hoyo del Rincón datos emotivos de su vida, la experiencia jesuítica, la primera impresión sexual y la felicidad con Geraldine, su esposa muerta en un accidente aéreo.

El ex jesuita capta a profundidad la situación de éxtasis amoroso que han vivido Cecilia y Cédric, quien ha quedado en depresión total, incapaz de reaccionar, atrapado entre los recuerdos de la maldad y el amor-pasión.

Cuando reacciona, sin duda aún dentro de una inconsciencia, no se atreve a ver más la realidad y se suicida.

Cecilia, tocada por los hilos de la culpa de que han ocultado el cadáver de Cédric, decide entregarse a la justicia, a pesar de que el reportero trata de impedirlo. Ella confiesa el asesinato de los padres, purga cuatro años de cárcel, ya casada con el reportero con el fin de estar protegida en el reclusorio. Los cónyuges de la conveniencia se ven dos veces por semana durante el encarcelamiento, bajo los velos de una visita conyugal que sólo es cultural.

Envueltos en redes platónicas recorren los días y las enfermedades. Al salir Cecilia de la cárcel, vestida para los sueños de amor del reportero, caminan hacia la luna de miel en un hotel, para amarse y amarse hasta engendrar un hijo.

Las secuencias de la historia están tejidas con la fuerza del lenguaje de la maestría de Francisco Prieto para plasmar el suspenso, siempre presente. El lector hace varias apuestas en torno a una y otra y otra solución y todas las pierde. Encendido el receptor en la historia, sólo descansa hasta que cierra el libro:

Cuando se lee por gusto —dice Gabriel Zaid—, la verdadera unidad metodológica está en la vida del lector que pasa, que se anima y se vuelve más real, gracias a la lectura.¹

El torbellino de palabras, de acciones lleva y trae a la emocionalidad por cada línea. Así es. Francisco Prieto más que pintor de palabras y de personajes es un escultor que golpea y golpea la piedra, la palabra, la situación, hasta que la esculpe y queda con cuerpo de dolor y rostro de paz, con los ojos en claridad y una sonrisa tranquila.

En la novela la descripción es breve; sólo informa, el erotismo es brutal y carente de espíritu, en todos los personajes, menos en Geraldine, que tiene a Dios y sentido de la otredad, que da y por ello es plena. Geraldine contagia al ex jesuita y a Cecilia de un amor que puede entrar en la mimesis de la animalidad, pero con las alas del

¹ Gabriel Zaid, *¿Cómo leer poesía?*, Mondadori, México, 2008, p. 11.

espíritu, entonces se desanimaliza; se sublima siendo real.

Francisco Prieto esculpe la realidad en piedras sacadas de un lodazal y la vuelve lenguaje exacto, que provoca enojo, necesidad de hacer, pero la culmina con la necesidad de estar en las iluminaciones del amor.

Francisco Prieto y nosotros convivimos en una textualidad que no es la vida real, ni fotocopia de ella, pero cómo se parece a ella desde las avenidas de la ficción y cómo nos libera de ataduras, bajo la sombra de Wellek y Warren:

Expresar emociones es librarse de ellas, como se dice que Goethe se libró de “Weltschmerz” escribiendo *Las cuitas de Werther*. Y también se dice que el espectador de una tragedia o el lector de una novela experimentan alivio, liberación. Se ha dotado a sus emociones de un fondo, dejándole, al término de su experiencia estética, en “alma espiritual”.²

Leer a Francisco Prieto es descubrir aquella graciosa visión de los clérigos medievales que sacaban a la vida a la *Serranilla*, a la *Celestina*, a la *Cárcel de amor*, y mostraban el mal, para que viéramos lo que nos iba a pasar si seguíamos de pecadores *estandarizados*.

En Francisco Prieto el horror engendra la escritura y dentro del paisaje interior del hombre que esculpe como personaje, hay colores oscuros que con la luz del amor, el arte y algún sentido de trascendencia, se pueden transformar en claridad.

Los invito a leer la novela y a experimentar las sensaciones que comenta Roland Barthes:

Cada vez que intento “analizar” un texto que me ha dado placer no es mi “subjetividad” la que reencuentro, es mi “individuo”, el dato básico que separa mi cuerpo de los otros cuerpos y hace suyo su propio placer: es mi cuerpo de goce el que reencuentro.³ **U**

² René Wellek y Austin Warren, *Teoría literaria*, Gredos, Madrid, 1996, p. 44.

³ Roland Barthes, *El placer del texto*, Siglo XXI, México, 1986, p. 102.

Francisco Prieto, *Crímenes en el crepúsculo*, Editorial Jus, México, 2010, 127pp.